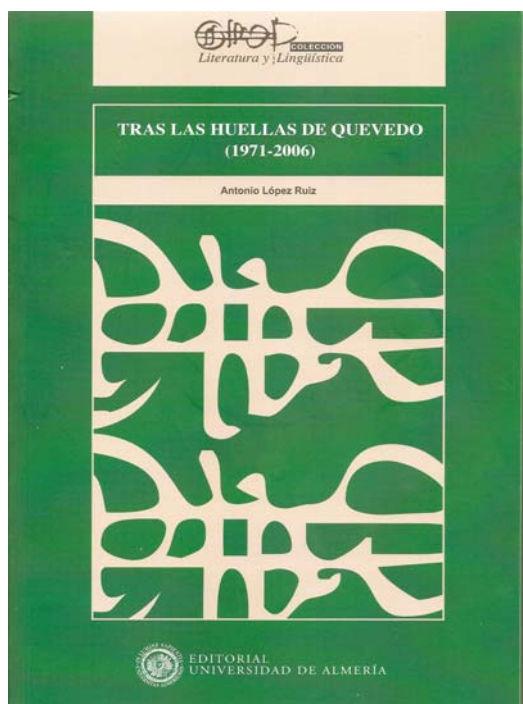


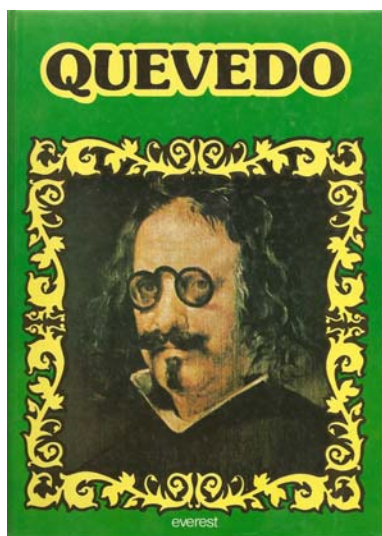
**ANTONIO LÓPEZ RUIZ: *Tras las huellas de Quevedo* (1971-2006), Editorial Universidad de Almería, Almería, 2011, 340 páginas.**

Por Antonio José López Cruces



Sin duda, son Quevedo, Gracián y Calderón los barrocos españoles que más interés despiertan actualmente en quienes se interesan por la filosofía. Antonio López Ruiz, catedrático de francés, traductor y autor de diversos libros de texto para la enseñanza de este idioma, poeta, autor de cuentos y de la novela *Asesinato en el Generalife*, (2011), se dio a conocer como quevedista en las páginas de la famosa revista de Cela *Papeles de Son Armadans* con varios trabajos de investigación aparecidos entre 1971 y 1973. En 1980 la editorial Everest publicó su biografía de Quevedo para adolescentes *El misterioso hidalgo don Francisco de Quevedo*. Con una elogiosa presentación del quevedista José Manuel Bleca, la almeriense editorial Cajal editó en 1982 *Quevedo y los franceses*, un ceñido resumen de su tesis doctoral, presentada el año anterior en la Universidad de Granada. Fueron apareciendo en años sucesivos nuevos artículos sobre Quevedo en el *Boletín del Instituto de Estudios Almerienses*

y en la *Revista de Literatura*, y en 1991 la almeriense editorial Zéjel publicó, con prólogo del quevedista Pablo Jauralde Pou, *Quevedo: Andalucía y otras búsquedas*, que recogía junto al resumen de su tesis doctoral diez artículos sobre el escritor. La Universidad de Almería rinde homenaje a la continuada atención de López Ruiz a Quevedo durante nada menos que treinta y cinco años con la publicación del presente volumen. En el mismo, cinco nuevos artículos sobre el autor madrileño se suman a los diez del libro de 1991. La inclusión de este título en una colección universitaria ayudará, sin duda, a valorar adecuadamente la rica aportación del autor sobre la vida y la obra de Quevedo, aportación que supo valorar Pablo Jauralde en su monumental biografía *Quevedo (1580-1645)*, aparecida en 1999 en la editorial Castalia.



“El misterioso hidalgo don Francisco de Quevedo”

### BÚSQUEDAS DIVERSAS

El bloque I, titulado “Búsquedas diversas”, se abre con tres artículos en los que López Ruiz señala a los verdaderos autores de algunas obras tradicionalmente atribuidas a Quevedo. Las falsas atribuciones llevaron a muchos investigadores de renombre que las creyeron suyas a formular erróneas conclusiones sobre su pensamiento político-moral.

En “Un apócrifo más: la *Relación de las trazas de Francia*, copia parcial de la *Defensa de España* de Pellicer” (1971) se demuestra que la *Relación* incluida por Astrana Marín y Felicidad Buendía en las *Obras completas* de Quevedo en Aguilar y titulada *Relación en que se declaran las traças con que Francia ha pretendido inquietar los ánimos de los fidelísimos Flamencos a que se rebelasen contra su Rey, y señor natural. Escribiola don Francisco de Quevedo* (Málaga, Juan Serrano de Vargas, 1637) en realidad correspondía, salvo los dos párrafos introductorios, a los seis últimos capítulos de la *Defensa de España contra las calumnias de Francia*, respuesta del escritor aragonés José Pellicer de Ossau (1602-1679) al manifiesto francés que declaraba la guerra a España en 1635 (López Ruiz ha editado la poco conocida *Defensa de España* en la Biblioteca Virtual “Miguel de Cervantes” de la Universidad de Alicante).

El ensayo “¿Pellicer comentador de Quevedo? Sobre el autor del “Comento” a *La Toma de Valles Ronces*” (1972) confirma la sospecha del historiador José María Jover de que durante el siglo XVII fueron atribuidas a Quevedo obras de “un profundo saber pelliceriano”. López Ruiz demuestra que los anónimos comentarios explicativos que acompañan a la mencionada jácara o sátira quevedesca proceden de la *Defensa de España* de Pellicer, que así se muestra comentador de Quevedo como antes lo fue de Góngora.

Y en “Otra falsa atribución a Quevedo: los *Aforismos* de Antonio Pérez” (1973), el autor se centra en las que Astrana Marín denominó “Sentencias” y Felicidad Buendía “Migajas sentenciosas” en las obras completas de Quevedo de Aguilar. Al dar como una verdadera “revelación” estos textos inéditos, afirmaba Astrana: “Es uno de los libros en que más resplandece el ingenio del autor”. En realidad, la mayor parte de estos aforismos no son de don Francisco; muchos están sacados de obras como *El Rómulo* de Virgilio Malvezzi o las *Cartas españolas y latinas* y las *Relaciones* de Antonio Pérez.

### QUEVEDO Y LOS FRANCESES

De un elevado interés es el resumen de la tesis doctoral del autor *Quevedo y los franceses* (1981), que estudia la actitud del escritor ante los habitantes y la cultura del país vecino, a la vez que ilumina diversos momentos oscuros de su vida.

En el apartado “La amistad con el duque de Osuna”, adelanta López Ruiz a la segunda mitad de 1598 el primer contacto del joven Quevedo, excelente espadachín, con don Pedro Téllez Girón, futuro III duque de Osuna y entonces marqués de Peñafiel, con motivo de unos duelos en los que ambos se habrían visto envueltos en Alcalá de Henares (Osuna escribirá alguna vez a Quevedo recordándole que éste lo vio luchando entre sus enemigos “en la plaza del mercado o en el llano de Palacio”, lugares que el autor cree inequívoca referencia al mercado porticado y al palacio de los Arzobispos de Alcalá de Henares). Ambos huyeron juntos a Sevilla, donde el escritor madrileño pudo tratar a personajes marginales que luego aparecerían en *El Buscón* o en sus jácara (Lisón de Biedma afirmará haberlo visto en el Corral de los Naranjos y en el Portalejo de San Román junto a rufianes poco recomendables: “que entonces no era vuestra merced tan honrado como ahora fingidamente se nos muestra”). Las penas reservadas a los duelistas eran bastante rigurosas, lo que explicaría por qué Quevedo perdió el curso 1600-1601 en la Universidad de Valladolid; por su parte, el marqués fue recluido en Peñafiel bajo la vigilancia de su tío el condestable de Castilla, aunque pronto se vio libre y pudo pasar a Flandes como soldado. Quevedo quedó bajo la custodia del rector de la Universidad de Valladolid y llegó a confesar deber la vida a la duquesa de Lerma, que intercedió por él a finales de 1599 o en los inicios de 1600. Siguiendo el sistema de “patronazgo y clientela”, Quevedo, ausente Osuna, intenta acercarse al círculo del duque de Lerma. Dedicó al rey su *Discurso de las privanzas* y elogia en sus versos la política pacifista del valido respecto a Francia e Inglaterra. El 20 de octubre de 1609, dedica a Felipe III su inconclusa *España defendida*, obra que, supone López Ruiz, quedó sin acabar porque su autor se enteró de que Osuna acababa de volver a España. Para recordar a éste su existencia, le dedicó, como “criado de V. E.”, su traducción del *Anacreonte* y su *Discurso de la vida y tiempo de Focílides*. A veces coincidieron ambos en los cultos de la Esclavonía del Santísimo Sacramento, pero el duque se encontraba entonces muy lejos de su antiguo amigo de correrías juveniles. Cuando es asesinado Enrique IV, Quevedo muestra su duelo en varios poemas que hablan de su admiración hacia quien no se limitó a heredar un reino, sino que lo supo mantener con su esfuerzo diario. Sin embargo, opta por la sátira para referirse al cortejo del duque de Humaine, llegado a España para negociar la posible boda de la infanta doña Ana con el futuro Luis XIII.

El 24 de abril de 1612 Quevedo dedica a Osuna, ya virrey de Sicilia, *El mundo por de dentro* y en la segunda mitad de 1613 el duque lo llama por fin a su lado. Piensa, como Osuna, que es preciso defender el prestigio español, concentrarse seriamente en Italia y desconfiar del papado, y se siente molesto con la acomodaticia postura de Madrid (Felipe III ha firmado la Tregua de Doce Años con Holanda); cree que hay que apoyar a los *descontentos* franceses, pues, aunque el rey francés sólo tiene 16 años, los designios de Francia son claramente antiespañoles desde el reinado de Enrique IV. Su interés por Francia se ha desplazado por entonces desde los aspectos humanísticos a los asuntos políticos.

López Ruiz hace el recuento de los viajes de Quevedo a Italia: un total de catorce entre 1613 y 1618. El duque, que veía claro que el verdadero enemigo de España era Francia y no Saboya, encargó a Quevedo diversas misiones de importancia. Su bautismo de fuego, que se saldó con un fracaso, consistió en ir a Niza para explorar sus posibilidades de anexión a la corona española. En septiembre de 1615, para asistir a las dobles bodas franco-españolas, desembarca en Marsella y se encuentra con un Midi en pie de guerra, habrá de soportar hasta tres encarcelamientos y finalmente deberá volver sobre sus pasos. Tras dejar atrás Salces y Perpiñán, cruza la frontera española después de 20 o 25 días en los que recorrió unos 650 kilómetros. Permanecerá en España hasta el verano de 1616, en que saldrá de Cartagena rumbo a Nápoles.

Tras su estancia en Roma y su entrevista con el papa en abril de 1617, Quevedo se embarca el 31 de mayo hacia Nápoles para reaparecer un mes después en Marsella. Parece que su misión consistía en verse con el corsario Jacques Pierre y el capitán Anglade. Al ser descubierto, emprende la fuga, siendo perseguido por el Midi francés por quienes buscan asesinarlo (la aventura veneciana de Quevedo será estudiada con detalle por el autor en un ensayo aparecido en 1985).



Velázquez: *Felipe IV a caballo* (1635)

Con la llegada al poder de Felipe IV se produce la revancha contra el equipo saliente. Osuna muere en prisión en 1624 y Quevedo deberá buscar, a sus cuarenta años, un nuevo protector. Recluido en su aldea durante los meses del proceso a Osuna, quien fue colaborador del duque lleva a cabo “una fulgurante ofensiva literaria” y a lo largo de cuarenta días envía a la Corte obras dedicadas al conde-duque, a la marquesa de Villamaina y a don Baltasar de Zúñiga, tras lo cual logra ser tolerado en Madrid. Redacta para el rey el informe *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, obra poco homogénea e inconclusa, en la

que se aborda la situación de Francia respecto al Elector Palatino, la actuación del duque de Osuna como virrey, la responsabilidad de Venecia y de su hábil diplomacia en el desvarío europeo, la campaña de don Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia o las negociaciones de Halberstad “el Luterano” con Francia.

Desde 1630 Quevedo halla amparo en el joven don Antonio de la Cerda, duque de Medinaceli, buen conocedor de las personalidades de la política francesa y enfrentado a la política de Olivares. También hace amistad con personajes interesantes como Pedro van der Hammen y Juan Pablo Mártir Rizo, traductores del historiador francés Pierre Matthieu, el autor de *Historia de la muerte de Enrico el Grande, cuarto rey de Francia*; el inquisidor don Pedro Pacheco, al que dedica la primera parte de *Virtud militante*; el religioso Diego de Cisneros, traductor del libro primero de los *Essais* de Montaigne. Quevedo, que tradujo con gran libertad, fragmentos de sus ensayos “De la crueldad” y “De los libros”, leyó con sumo interés al “señor de la Montaña”, que dejó su huella en diversos pasajes de su obra, siendo Séneca o Plutarco fuente común de ambos escritores.

El autor de *Nombre, origen, intento, recomendación y decencia de la doctrina estoica* se interesa por el obispo francés Francisco de Sales y depura la traducción de *Introducción a la vida devota* realizada por Fernández de Eyzaguirre (el librero Pierre Maillard pensó que el prestigioso nombre de Quevedo facilitaría la venta de la traducción, y don Francisco dejó que se pensase que era obra suya). Pero ¿era el madrileño capaz de traducir un libro del francés? El catedrático de francés que es López Ruiz estudia las diversas opiniones sobre el asunto. Parece que le era asequible el francés escrito, aunque no lo hablaría con soltura (pocos españoles lo hablaban: el rey, algunos miembros de la burocracia o escritores como Lope, Pellicer o Gracián). Raramente hay citas en francés en la obra de Quevedo, que nunca presume de conocer el idioma del país vecino, mientras que sí alardea de saber latín, griego y hebreo.

Quevedo alienta los inicios del interesante erudito aragonés José, Pellicer, el autor de *El Fénix y Lecciones solemnes a las obras de D. Luis de Góngora*, obras en las que aparecen mencionados numerosos escritores franceses que le interesaban vivamente: F. Garnier, H. Estienne, G. Budé, Du Bartas, Du Vair, V. de Beauvais, Rifert, Du Tillet, Belleforest, Commynes, Muret, Froissart o el padre Salian. Se cartea en latín con J. J. Chifflet, protomédico en Flandes de la emperatriz Isabel Clara Eugenia (a la que en su cuento “Querida Lisi” supone López Ruiz inspiradora de los famosos sonetos a Lisi), y podrá charlar con él en Madrid en 1626. Frecuenta las librerías que los editores franceses A. Roquet, Lambert y P. Mallard tienen en la Corte, todas celosamente vigiladas por la Inquisición. Piensa el autor que el popular *Kalendrier des Bergers*, muy traducido al español, pudo haber sido el modelo del quevedesco *Libro de todas las cosas y otras muchas más*, pues su técnica de parodia burlesca es la que se observa en las *Premáticas* y los *Aranceles* quevedianos.

Nombrado secretario real en 1632, Quevedo pasa mucho tiempo en Madrid, aunque realiza frecuentes escapadas a Villanueva de los Infantes y a la Torre de Juan Abad. Con los pobladores de esta última población siempre estará

metido en pleitos, pues se resisten a aceptar su señorío. En el informe para el rey sobre la situación europea titulado *Lince de Italia o Zahorí español*, Quevedo estudia la peligrosa coyuntura internacional: la inminente caída de la Rochela, que dejará a los ejércitos franceses libres para entrar en Italia; la inoportuna guerra de Mantua; el sitio de Casale; la valentía de Luis XIII, el rey a caballo cuyas espaldas ven sus soldados; los movimientos del tornadizo duque de Saboya; la necesidad de acondicionar el puerto de Brindisi para atraerle el comercio de Levante, en perjuicio de Venecia. En febrero de 1634 cede el solterón Quevedo a las insistentes invitaciones de los duques de Medinaceli para que busque esposa y se casa con doña Esperanza de Mendoza, señora de Cetina, aunque el “señor de Cetina” la abandonará pronto, al ser llamado con urgencia a la corte por Olivares.

En el apartado “Tiempo de guerra con Francia”, López Ruiz estudia la *Carta a Luis XIII*, con la que Quevedo contesta al manifiesto francés que, redactado por el capuchino Padre José, mano derecha de Richelieu, declara la guerra a España. Reprocha a Francia el saqueo de Tillemont y los sacrilegios allí realizados, y lamenta que el rey francés haya dejado crecer desmedidamente a Richelieu y haya permanecido pasivo ante los ataques de éste contra su madre y su hermano; se muestra a la defensiva respecto a la guerra de Mantua, lamenta la invitación a la rebelión que Francia hace a los holandeses, súbditos de España, recomienda al rey francés que se ciña a los límites de su reino y aplica a los soldados franceses los defectos que atribuían los clásicos latinos a los galos: ligeros, infieles, crueles, tornadizos, poco aptos para la guerra...

Mostrando agudas dotes detectivescas, López Ruiz presenta en “El misterioso tema de la prisión de San Marcos” una revolucionaria hipótesis sobre las causas de la prisión de Quevedo, procediendo a encajar las distintas piezas de un complejo *puzzle*: un *aviso* de Pellicer, que habla de que entraba con frecuencia en su casa cierto criado del cardenal Richelieu y de que se rumoreaba que “adolecía del propio mal del señor nuncio”; la carta de Olivares al rey hallada por Elliott (“Nueva luz sobre la prisión de Quevedo y Adam de la Parra”, 1972), en la que se le califica como “infiel, enemigo del gobierno y murmurador dél, y últimamente por confidente de Francia y correspondiente de franceses”; y las cartas de tono senequista de supuestamente de Quevedo en las que denuncia a su delator como doblemente traidor.

Entre 1634 y 1639, Quevedo recibió a menudo en su quinta a Louis de Brunet, barón de Pujols, “criado” de Richelieu en Madrid. López Ruiz señala numerosas coincidencias en las fechas de los viajes a Madrid de Quevedo, secretario real, y de Pujols, al ser llamados a la corte simultáneamente por el conde-duque. El barón es desde mayo de 1637 el único intermediario entre Richelieu y Olivares en las conversaciones secretas de paz entre España y Francia. En carta del 15 de julio de 1639, León Bouthillier, conde de Chavigny y Secretario de Estado en París, pide a Pujols que comunique al conde-duque que, cubriéndose “con el manto de España”, hay quienes conspiran contra la vida del cardenal Richelieu y quizás también contra la del papa. Olivares debió de inquietarse, y el Consejo de Estado se reunió el 15 de agosto de 1639, estando presente Pujols. Las interesantes memorias del Mariscal de la Force nombran a quienes conspiraban contra Richelieu en el Londres donde reina la hermana de Luis XIII y reside



María de Medicis: el conde de Soissons, el príncipe de Soubisse y los duques de Bouillon, la Valette y Vendôme, que cuentan con la complicidad de Gaston de Orléans y, según el Mariscal, de la corona española.

Son numerosas las lagunas informativas existentes sobre los movimientos del secretario real entre 1637 y 1639. En carta a don Sancho de Sandoval, Quevedo le dice que lo avisará “si hubiere aprieto o novedad repentina, que podría ser”. Estando en casa del duque de Medinaceli, el escritor es detenido junto con el duque y luego recluido en San Marcos de León. El autor llama también la atención sobre la actividad en España de los nuncios Facchinetti y Campeggi, que informan puntualmente al cardenal Barberino, sobrino de Urbano VIII, papa decantado claramente del lado francés; y subraya una secuencia de hechos muy cercanos en el tiempo, secuencia “trabada y muy sugestiva”: prisión de Quevedo; destierro del duque de Medinaceli; prisión de Lorenzo Coqui, secretario del nuncio; cárcel y posterior ejecución, por decisión de un tribunal de Grandes, del falsificador de documentos Miguel de Molina, antiguo contable del conde de Saldaña y luego duque del Infantado. Se pregunta López Ruiz si Molina pudo haber falsificado documentos dirigidos a Francia con las letras del rey y de Olivares sobre asuntos relativos a la conspiración contra Richelieu y acaso contra el papa. Ello explicaría el extraño nombramiento de un tribunal de Grandes para juzgarlo.

Quevedo siempre pensó que su denunciante fue el barón de Pujols, al que cree traidor a la vez a su señor y a Olivares, aunque nunca pudo decirlo abiertamente, dado el secreto a que lo obligaba la “materia secreta” de que hablaba el Consejo de Estado. Don Francisco conspiró contra Olivares junto a Pujols y a un buen número de nobles presididos por el duque de Híjar. Según el autor, el anagrama *Publio Hatterio* usado por Quevedo para nombrar a su delator remite claramente al barón de Pujols (Puiol/b: Pujol barón), al que el Consejo de Estado nombra siempre *Pujol*. En realidad, su denunciante no fue el sesentón Pujols, sino su amigo el duque del Infantado, de sólo veinticinco años.

López Ruiz duda de que sea Quevedo el autor de la obrita *La sombra de Mos de la Forza se aparece a Gustavo Horn, preso en Viena y le cuenta el lastimoso suceso que tuvieron las armas francesas en Fuenterrabía*, puesto que allí se afirma que el mariscal de la Force murió ahogado en la batalla, cuando en verdad regresó sano y salvo a sus posesiones francesas, y Quevedo, amigo del Almirante de Castilla y del marqués de Torrecusa, que lucharon en Fuenterrabía, debió de conocer la verdad de lo sucedido por boca de éstos.

Desde la cárcel, Quevedo ruega a Olivares que interceda ante el rey para que le conceda la libertad, y en su *Vida de San Pablo Apóstol* dedica afectuosas palabras a doña Isabel de Borbón y al príncipe Baltasar. Pero, puesto que se trata de silenciar a los complicados en las intrigas contra Richelieu, Felipe IV declara que no cabe levantarle la prisión, que fue “por causa grave” (nunca lo acusaron de nada concreto). El preso lee las obras de los jesuitas franceses Salian de Avignon y Jacquinot Barthélémy, a los que elogia, y recibe continuas noticias sobre la deriva negativa de la guerra contra los franceses: las pérdidas de Perpiñán y Salces y los reveses de la campaña de Lérida.

El único remedio que concibe es que el rey salga a combatir al frente de sus tropas. Incrementarán su pesimismo las rebeliones de Cataluña y Portugal, tras las que ve las manos de Francia y de Holanda, y lamentará profundamente que la guerra se dé en suelo español.

Muertos ya Luis XIII, Richelieu y el conde de Soissons, y habiendo firmado los implicados en la conjura diversos compromisos con el rey francés, una vez caído el conde-duque de Olivares, Quevedo puede salir en libertad. La guerra contra Francia va tan mal como su salud y España no parece capaz de reaccionar ante la campaña del conde de Harcourt. Por entonces el escritor trabaja en el relato de una conjura, *Marco Bruto*, que dedica al duque del Infantado, dedicatoria de la que éste nunca se dio por enterado. Muere don Francisco a los 65 años, el 8 de septiembre de 1645, dejando un análisis sobre el panorama bélico internacional, *La Hora de todos*, con sus ideas favoritas sobre Italia, Holanda, Florencia, Venecia, Francia, Génova, Saboya e Inglaterra.

\*\*\*

En el artículo “Quevedo: quince años y medio de prisiones” (1984), López Ruiz explica que la desconcertante cifra de quince años y medio que el escritor confesaba, en carta a don Diego de Villagómez, haber estado preso a lo largo de su vida no suponía ninguna exageración suya, sino que reflejaba exactamente la realidad. Si se suman los tres años y medio de prisión en San Marcos de León, las dos prisiones sufridas durante el proceso del duque de Osuna y las debidas a su intervención de 1628 en la polémica sobre el copatronato de Santiago y santa Teresa, sale un total de siete años y diez meses. ¿Y los restantes siete años y medio? El autor halla la respuesta en el castigo sufrido por Quevedo por haber intervenido en los duelos del marqués de Peñafiel durante el verano de 1598. Recluido en la cárcel de la Universidad de Valladolid, bajo la jurisdicción del rector, pierde por un tiempo el ritmo de sus estudios universitarios. Aunque la duquesa de Lerma intercederá por él, busca no perder su protectora condición de universitario -ante la que se inhibía la Sala de Alcaldes de Casa y Corte- y por eso, una vez lograda la licenciatura en Artes, se matricula en la facultad de Teología. Cuando la Corte pasa a Valladolid, es puesto bajo la vigilancia de su tutor don Agustín de Villanueva, del Consejo de Aragón, casado con una prima suya. Teniendo Valladolid por cárcel, el joven no podrá visitar a sus hermanas en Madrid durante los tres años siguientes y sólo se lo permitirán a finales de 1604. De nuevo en Valladolid, no lo dejarán asistir en Madrid al entierro de su hermana María. Muestra de su severo confinamiento es el expresivo “De mi celda” que figura en la dedicatoria de inicios de 1607 de *El Alguacil endemoniado*. Ahí están, por tanto, los siete años y medio que faltaban a los perplejos estudiosos: desde el verano de 1598 a los inicios de 1607.





Vista de Venecia

El novelesco artículo “La aventura veneciana de Quevedo” (1985) se enmarca en la política de hostilidad que contra Venecia mantienen -ignorando a menudo las órdenes que llegan de la Corte sobre la Señoría y la situación en el Adriático- el duque de Osuna, el marqués de Bedmar, embajador de España en Venecia, y don Pedro de Toledo, gobernador de Milán. López Ruiz parte del desordenado testimonio de Pablo Antonio de Tarsia, biógrafo de don Francisco, que sitúa a éste en Venecia durante los días de la supuesta “Conjuración”. Según dicho testimonio, Quevedo logró escapar de seis caballeros franceses que lo buscaban para matarlo por encargo de Venecia o de Saboya, y el jenízaro que lo acompañaba cayó preso y fue ejecutado en septiembre de ese año. La crítica dudó siempre de la veracidad de la versión de Tarsia, pero el autor supone que lo que éste cuenta pudo muy bien haber ocurrido en junio de 1617, y no en 1618 (este año Quevedo se hallaba en España, como demostró J. O. Crosby). En 1617, Quevedo y Alejandro Espinosa habrían ido de incógnito a Venecia a entrevistarse con el corsario Jacques Pierres y el capitán Anglade, experto en explosivos, que habían abandonado a Osuna para huir a la Señoría en mayo de 1616. Cuando mostraron deseos de volver a ponerse a las órdenes del virrey, Quevedo fue el encargado de comprobar la sinceridad de dichos deseos. El corsario Jacques Pierres y el jenízaro Espinosa fueron descubiertos y ejecutados, y la vida de Quevedo, que se vio obligado a huir, corrió peligro a su paso por el Midi francés, aunque finalmente pudo llegar a España sano y salvo.

Philippe de Champaigne: *Luis XIII*.

En “Quevedo: más allá de la frontera francesa” (1990), López Ruiz analiza con detalle la evolución de las actitudes del escritor hacia el país vecino. Durante el reinado de Felipe III, el Quevedo universitario elogia la política pacifista del duque de Lerma tras la firma de la paz con Francia e Inglaterra, se preocupa por los avances franceses en Aragón, el Bearn y Navarra, y por la conjura de los moriscos, que se confiesan “esclavos de corazón” del rey francés. Estudia y menciona en sus primeras obras a humanistas franceses como Du Vair, los Estienne, Calvin, Muret, Pierre de Saint-Jorry, Bélleau o Mercier. Cuando el duque de Osuna, virrey de Sicilia, lo llama a su lado, Francia pasa a ser una preocupación central del escritor. Ya muerto Enrique IV, Quevedo cruzará al menos dos veces la frontera francesa. En 1615 realiza un accidentado viaje por el Midi francés en guerra para asistir como embajador de Sicilia a las dobles bodas reales. Y en julio de 1617 vuelve a pisar suelo francés, llegando desde Venecia y sabiéndose perseguido por caballeros franceses que lo buscan para matarlo. Vuelto de Italia, mantiene contactos con los traductores del historiador Pierre Mathieu, con el erudito José Pellicer y con miembros del círculo del duque de Medinaceli: Pedro Pacheco, del Consejo de Su Majestad, o Diego Cisneros, traductor del libro I de los *Ensayos* de Montaigne. En *Mundo caduco y desvaríos de la edad*, el escritor parece temer menos a Francia, inmersa en importantes conflictos internos, que a italianos y flamencos. En su informe al rey titulado *Lince de Italia y zahorí español*, no cree ya posible la amistad con Francia una vez que La Rochelle se ha rendido y que la guerra de Mantua lo ha complicado todo. Pacheco de Narváez le envía desde el país vecino obras de F. Garnier, H. Estienne, Guillaume Budé, Du Bartas, Du Vair o Montaigne. Conoce la traducción de las fábulas de Esopo de J. Baudoin (1631) y la de Epicteto de P. de Bouffers (1632). En 1635, cuando Francia declara la guerra a España, Quevedo responde al manifiesto francés del capuchino padre José con su *Carta a Luis XIII*, en la que López Ruiz no halla rastro alguno de sentimiento antifrancés, ya que se cantan las glorias de la Francia católica y su autor se dice “amartelado” de Luis XIII. Abundan los periodos sin noticias del escritor entre 1635 y 1639, antes de que lo veamos preso en San Marcos de León. El autor estudia la relación de Quevedo con Louis de Brunet, barón de Pujols, criado del cardenal Richelieu, que vive en España desde 1634. Francia ataca por mar y por tierra y Quevedo

ya sólo confía en la ayuda divina. Recibirá en su celda noticias de la evolución de las guerras de Cataluña y Portugal y los movimientos de Henri de Lorraine, conde de Harcourt, que dirige el ejército francés. Muere en 1645, unos años antes del tratado de Westfalia, que modificará las fronteras españolas.

En “Quevedo niño y adolescente. Notas sobre la formación de un carácter” (2001), el autor procede a divulgar los datos y documentos aportados por F. C. Maldonado, J. Riandière La Roche, P. Jauralde y J. O. Crosby sobre la familia de Quevedo, extrayendo de los mismos todo aquello que pueda ayudar a explicar la formación de la subjetividad del futuro escritor. Y detalla sus distintas etapas educativas, desde sus iniciales años en palacio hasta sus estudios universitarios (1596-1600).

En “Sobre Quevedo traductor de poesía clásica” (1998) se nos recuerda que para sus versiones de poetas griegos -el *Anacreonte* castellano, el *Focílides traducido* y el *Epicteto traducido*- el aprendiz de humanista, por no manejar demasiado bien el griego, se sirve, como paso intermedio, de versiones latinas normalmente deficientes (el madrileño estudió latín desde los ocho años: en su casa de la calle de las Fuentes, con los jesuitas de Ocaña, con un ayo y en la Universidad de Alcalá, y llegó a tener una íntima relación con los textos de Horacio, Persio, Juvenal o Petronio). Como no persigue una traducción literal, adopta la forma de la paráfrasis en verso español, terreno en el que se siente seguro, como se ve en sus libros “Imitaciones de Marcial”. Mezclando la modestia con cierta juvenil petulancia, se atreve también con el hebreo y dedica al duque de Lerma sus *Lágrimas de Hieremías castellanas*, obra que quedó inédita por dos siglos y que ha sido editada por J. M. Blecua y E. M. Wilson, quienes estudiaron los precedentes de dicho intento: a pesar de asegurar que sigue solamente la Vulgata, Quevedo usa sin confesarlo -sin duda tiene licencia eclesiástica para su consulta- versiones literales heterodoxas de los *Trenos*: la glosa de Hernando de Jarava y la Biblia de Ferrara (1553); y ha visto además *La Jerusalén conquistada* (1609) y *Los pastores de Belén* (1612) de Lope de Vega. Se refiere luego López Ruiz al desacuerdo existente entre los críticos acerca del saber helénico de Quevedo, citando elogios y censuras de sus contemporáneos y de autores posteriores. Aunque está de acuerdo con Sylvia Bénichou-Roubaud -“Quevedo helenista (El *Anacreón castellano*)” (1960)- en que el joven autor utilizó con “poco escrúpulo y menos discernimiento las versiones de sus predecesores”, el autor no comparte que Quevedo no conociera el griego por no haberlo estudiado ni en el jesuita Colegio Imperial de Madrid (Lope y Calderón, que pasaron por sus aulas, tampoco lo sabían) ni en la Universidad de Alcalá, y recuerda que para matricularse como sumulista debió prestar cédula de examen en gramática firmada por los catedráticos de Retórica y de Griego, y que estudió griego durante más de dos años en el convictorio jesuítico de Ocaña. El autor destaca el exhaustivo trabajo de compilación e investigación llevado a cabo por el joven humanista, a pesar de sus muchas ignorancias sobre el pensamiento de Anacreonte, las costumbres antiguas o las leyendas mitológicas,

En “El tema de las Indias en Quevedo” (2006), López Ruiz señala el vivo interés que sintió por América el escritor, que tenía un peso para pesar oro y poseía, por herencia paterna, la cuarta parte de un juro situado sobre las rentas del almojarifazgo de Indias en Sevilla. Desde su aldea manchega, Quevedo vio a menudo pasar las recuas cargadas de productos de las flotas de Indias por el “camino de la plata” que unía Sevilla con la Corte. El

madrileño, que suele elogiar la labor de los cronistas de Indias y que utiliza a menudo la *Historia de las Indias y conquista de México* de Francisco López de Gómara, quedó deslumbrado, como el resto de los españoles, por el oro y la plata americanos, y ya en *El caballero de la Tenaza* cita los fabulosos tesoros de Atabaliba (Atahualpa) y Moctezuma. López Ruiz intenta explicarse la llamativa escasez de noticias que descubre en la obra de Quevedo sobre Hernán Cortés y estudia luego la defensa que hace el escritor de la conquista americana: en *Lince de Italia* asegura que los excesos cometidos con los indios y denunciados por el padre Las Casas se dieron sin autorización del rey y fueron oportunamente castigados. Pasa revista el autor a la presencia de las Indias –a las que Quevedo se refiere como *Nueva España*, *el Nuevo Mundo* y *América*– en la peripecia personal de numerosos amigos y conocidos del escritor: Bernardo de Balbuena, Luis Carrillo, Rodrigo Caro, Alonso de Ercilla, Manuel Sarmiento de Mendoza, Alderete, el conde de Moctezuma, Francisco Manuel de Melo, Olivares, Vicente Mariner o Gutierre de Cetina. El escritor lamenta que sean los extranjeros los que más se aprovechan del oro y la plata americanos, aunque recuerda que su acaparamiento por parte de los genoveses tiene su utilidad, ya que éstos invierten lo ganado en los reinos de España, lo que no se lograría de caer estos metales preciosos en manos de franceses e ingleses. Se muestra preocupado Quevedo tanto por la seguridad de la flota, amenazada y esquilmada a menudo con éxito por los ingleses, “cáncer de las Indias”, como por los avances de los holandeses en Brasil. Y lamenta que Carlos V cediera, contra la opinión de los castellanos, el negocio de la Especiería a los portugueses. Prosigue López Ruiz su ensayo estudiando con detalle la frecuencia con que en la poesía de Quevedo aparecen las minas, el oro, la plata, las perlas, los diamantes o las plumas de las exóticas aves americanas. El escritor, que muestra conocer a la perfección el camino que lleva desde la extracción del oro en su yacimiento del Potosí hasta el tratamiento que lo convierte en una joya, asocia los metales americanos a la avaricia y la ambición –causantes del sufrimiento de los nativos– y recomienda la riqueza caritativa para que la moneda logre “introducir su valor en el comercio eterno”. El artículo se cierra con un estudio de la toponimia americana presente en las obras quevedescas.

### ANDALUCÍA EN LA OBRA DE QUEVEDO

El bloque II, “Andalucía en la obra de Quevedo”, contiene cinco trabajos. En el primero de ellos, titulado “Los viajes andaluces” (1984), el autor destaca el interés de Quevedo por aristócratas, rufianes, eclesiásticos y escritores de Andalucía, a los que fue conociendo a lo largo de diversos viajes (esporádicos entre 1628 y 1635, abundantes entre ese año y 1639) o gracias a tener su residencia en La Torre de Juan Abad (Ciudad Real), a unas pocas leguas de Sierra Morena. Sevilla, que, deslumbrante o pícara, inspiró tanto a Cervantes, Mateo Alemán o Vicente Espinel, inspira también al Quevedo del *Buscón* o las jácara. De la vida sevillana le interesaron vivamente el habla andaluza, el lenguaje de germanía o las costumbres de la cárcel real, que regentaba el duque de Alcalá. López Ruiz estudia luego con detalle la participación de Quevedo en el viaje real de 1624 por Andalucía. Tras salir de la prisión de San Marcos con la salud bastante deteriorada, el escritor soñará a menudo con visitar al duque de Medinaceli en Sanlúcar de Barrameda y a su conuñado el arzobispo D. Martín Carrillo de Alderete en Granada, aunque su médico le prohibirá tales viajes. En una carta fechada en Villanueva de los Infantes diez días antes de su muerte,

todavía muestra su deseo de sentir de nuevo el sol andaluz y de ver a su amo y amigo el duque de Medinaceli.



Un revelador mapa de López Ruiz (p. 239)

Ejemplar en su género es el ensayo “Quevedo y la nobleza andaluza” (1988), que proporciona interesantes datos sobre el interés sentido por el escritor respecto a importantes figuras de la nobleza andaluza, con alguna de las cuales se relacionó: el duque de Osuna; el virrey de Sicilia Juan Fernández Pacheco; los Téllez Girón; los duques de Alcalá de los Gazules; los marqueses de Villanueva del Río; el conde de Moctezuma; don Juan Fernández de Velasco, tío materno del duque de Osuna; don Alonso Portocarrero (“Barcarrota”); los marqueses de Santa Cruz; el duque de Feria; sus vecinos del norte de Jaén, los Barradas; el Gran Capitán y sus sucesores; los duques de Medinasidonia; el conde-duque de Olivares; el duque de Medinaceli. El artículo está poblado de útiles escudos nobiliarios y árboles genealógicos, que arrojan abundante información sobre las familias nobles de Andalucía.

En “Algunas reacciones andaluzas ante los escritos santiaguistas de Quevedo” (1991), se estudia la batalla religioso-literaria e histórico-política surgida en 1617 sobre el posible copatronato de España de Santiago y santa Teresa de Jesús, y se presta especial atención a la participación en la misma de eclesiásticos y escritores del ámbito andaluz. Santa Teresa es canonizada en 1622. En 1627 el papa Urbano VIII accede, con limitaciones, al copatronato, y la medida encuentra fuertes resistencias en Granada, Sevilla, León, Jaén o Santiago de Compostela. Poseedor ya del hábito de la orden de Santiago -recibido de manos del duque de Uceda en la iglesia de las Bernardas-, Quevedo, en un memorial fechado en febrero de 1628 -por entonces circulan ya más de 30 panfletos de santiaguistas y teresistas- recuerda que por sus méritos San Isidoro merecería el mismo trato que santa Teresa, y acumula textos sagrados, jurídicos, conciliares y de la santa carmelita para defender el patronato exclusivo del

apóstol Santiago, “padre de estos reinos, defensa de esta monarquía, único y solo patrón de las Españas”. El memorial, que corrió manuscrito, le supuso un mes de cárcel y medio año de destierro en la Torre de Juan Abad. En marzo de 1628 el escritor dirige una carta sobre el tema a Urbano VIII y el 4 de mayo envía al rey y a Olivares *Su espada por Santiago*. Estudia luego López Ruiz el ataque que contra la argumentación de Quevedo dirige Francisco Morovelli de Puebla, partidario del copatronato, y que provocó que se pusieran del lado del madrileño varios de sus amigos andaluces: Juan Pablo Mártir Rizo, el doctor Simón Ramos o Juan Robles, “El Culto Sevillano”. A pesar de que el papa derogó el 8 de enero de 1630 su antiguo breve a favor del copatronato, la polémica, que tanto irritaba al rey y al conde-duque, preocupados por más importantes problemas económicos, políticos y sociales, seguía todavía viva en 1645, el año de la muerte del escritor.

En “Notas sobre las polémicas andaluzas de Quevedo” (1991), López Ruiz aborda con detalle la amistosa y frecuente relación del madrileño con numerosos nobles y escritores del mundo andaluz y también los trabajos de sus detractores andaluces: los sevillanos Juan de Jáuregui, poeta y pintor, y Francisco Morovelli de Puebla, “quizás el más acérrimo de sus enemigos”; el maestro de esgrima jiennense Pacheco de Narváez, que denunció ante la Inquisición varias de sus obras y le dirigió el terrible panfleto *Tribunal de la justa venganza*; el economista granadino Mateo de Lisón y Biedma, que, muy crítico con la política económica del conde-duque de Olivares, contestó duramente con *El Tabapocas que azotan* la obrita de Quevedo *El chitón de las Tarabillas*. Tiene especial interés el apartado “¿Quevedo versus Góngora?”, donde el autor, al estudiar con detalle la relación entre ambos poetas, se pregunta si cabe seguir enfrentándolos, teniendo en cuenta que la mayoría de los textos polémicos que se citan para abonar su enfrentamiento son de muy dudosa atribución. Cuando se supone que los dos disputaron poéticamente sobre Valladolid y el río Esgueva en 1603, el madrileño apenas estaba empezando a ser conocido, mientras que el cordobés era ya un poeta consagrado. Quevedo no participará directamente en la polémica surgida a raíz de la aparición en 1613 de las *Soledades* gongorinas. Ambos escritores, subraya López Ruiz, giran en órbitas señoriales y lealtades nobiliarias distintas, lo que con seguridad hubo de influir en sus posiciones personales.

En “Una misión confidencial del alcaide de Lapeza: impedir la huida a Italia del Gran Capitán” (2003-2004), se nos recuerda que Quevedo usó el archivo familiar de la familia Barradas -el famoso don Francisco de Barradas aparece en *El alcalde Zalamea* de Calderón de la Barca-, pues su amigo Fernando de Barradas lo puso a su disposición, para redactar la parte final de su *Marco Bruto*: “Cuestiones políticas”. Por dicho archivo se enteró Quevedo de que en agosto de 1515 el rey Fernando ordenó al alcalde de Lapeza, población granadina cercana a Guadix, una misión secreta en torno al Gran Capitán, de quien recelaba, pues se rumoreaba que pretendía alzarse con el reino de Nápoles: con la ayuda del marqués de Mondéjar, debía vigilar los puertos de Málaga y Almería a fin de evitar que don Gonzalo se embarcara hacia Italia en unas naves francesas salidas de Villafranca de Niza, a cuyas tripulaciones había de apresar e interrogar. Tras sus impresionantes victorias en España y en Italia, el rey Fernando quitó al Gran Capitán en 1507 del gobierno de Nápoles y le mandó retirarse a la población granadina de Loja. Quizás Quevedo, que había leído la biografía de don Gonzalo escrita por Paulo Jovio y traducida en 1566 por



Gaspar de Baeza, asociaba su figura a la del duque de Osuna, victorioso virrey de Nápoles igualmente caído en desgracia por la desconfianza del rey. El Gran Capitán enfermó a poco de salir de Loja, lo que frustró su posible viaje a Italia. Trasladado a Granada, don Gonzalo murió en esta ciudad el 2 de diciembre de 1515.

\*\*\*

A manera de epílogo, el autor lleva a cabo en “25 años después del Centenario: acordes y disonancias. (Acerca de una conmemoración)” (2005) un agri dulce balance de la celebración en 1980 del centenario del nacimiento de Quevedo. Tras recordar las ediciones de J. M. Blecua de *Política de Dios*, *los Sueños* y *La Hora de todos*, menciona el coloquio celebrado por la Universidad de Toulouse-le Mirail, el simposio de Salamanca o la exposición bibliográfica en el Hospital Real de Granada, junto a otros actos conmemorativos, a menudo de cariz internacional, patrocinados por diversas instituciones españolas. López Ruiz lamenta la proliferación de conferencias y artículos improvisados y llenos de errores, la utilización de una bibliografía ya superada y el hecho de que a menudo se mirase al escritor con aire desdeñoso, destacándose más bien sus aspectos negativos o los tópicos de siempre: su falta de fe en lo eterno, su misoginia, su supuesta mala relación con Góngora, su conservadurismo o los pensamientos de sus *Sentencias* o *Migajas sentenciosas* (que no son de su pluma).

Tras unas “Conclusiones” y unas “Aportaciones y sugerencias”, se recoge la lista de los lugares en que aparecieron los trabajos reunidos en el volumen, que se cierra con un útil Índice de nombres.